

ACTUALI

42 2009



El vandalismo como fenómeno emergente en las grandes ciudades andaluzas

EL CENTRO DE ESTUDIOS ANDALUCES ES UNA ENTIDAD DE CARÁCTER CIENTÍFICO Y CULTURAL, SIN ÁNIMO DE LUCRO, ADSCRITA A LA CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA DE LA JUNTA DE ANDALUCÍA.

EL OBJETIVO ESENCIAL DE ESTA INSTITUCIÓN ES FOMENTAR CUANTITATIVA Y CUALITATIVAMENTE UNA LÍNEA DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS QUE CONTRIBUYAN A UN MÁS PRECISO Y DETALLADO CONOCIMIENTO DE ANDALUCÍA, Y DIFUNDIR SUS RESULTADOS A TRAVÉS DE VARIAS LÍNEAS ESTRATÉGICAS.

EL CENTRO DE ESTUDIOS ANDALUCES DESEA GENERAR UN MARCO ESTABLE DE RELACIONES CON LA COMUNIDAD CIENTÍFICA E INTELLECTUAL Y CON MOVIMIENTOS CULTURALES EN ANDALUCÍA DESDE EL QUE CREAR VERDADEROS CANALES DE COMUNICACIÓN PARA DAR COBERTURA A LAS INQUIETUDES INTELLECTUALES Y CULTURALES.

LAS OPINIONES PUBLICADAS POR LOS AUTORES EN ESTA COLECCIÓN SON DE SU EXCLUSIVA RESPONSABILIDAD.

© Junio 2009. Fundación Centro de Estudios Andaluces
Bailén 50, 41001 Sevilla.
Tel.: 955 055 210. Fax: 955 055 211
www.centrodeestudiosandaluces.es

Depósito Legal: SE-1688-05
I.S.S.N.: 1699-8294



El vandalismo como fenómeno emergente en las grandes ciudades andaluzas

MARIO JORDI SÁNCHEZ
Universidad Pablo Olavide

FRANCISCO AIX GRACIA
Universidad de Sevilla

ÍNDICE

Resumen.....	5
1. Introducción.....	5
1.1. De París a Andalucía.....	5
1.2. Nuestro enfoque: premisas y herramienta de partida.....	6
2. Vandalismo y teorías sobre la violencia social: algunos apuntes básicos.....	7
3. El contexto: trazando fronteras dentro de la ciudad.....	9
4. Las cifras: una aproximación cuantitativa al fenómeno en las grandes ciudades andaluzas.....	11
5. Agentes y objetos: jóvenes y violencia vandálica.....	13
6. Otras formas expresivas de intervención en el espacio público.....	16
7. Algunas consideraciones finales.....	18
8. Bibliografía.....	19

Resumen

Encarnándose como actos de sabotaje y agresión a bienes públicos y privados, el vandalismo representa una forma de desafección a los bienes y a la comunidad que los representa. A pesar de ser tildadas de irracionales, estas acciones de amplio espectro albergan racionalidades y lógicas de funcionamiento propio. En principio, como síntoma de descontento social, de antagonismo al sistema, de réplica en forma de agresión a los bienes del espacio público. Más extensamente, como formas de expresión ante el espacio impuesto, como salidas de la rutina, como relatos caóticos de lo urbano, como argumentos de cohesión grupal entre los jóvenes y, en suma, como relatos escritos *al margen* que pretenden dejar su huella en la sociedad.

Percibimos, en suma, que estas agresiones constituyen un claro indicador de la exclusión social que tiene lugar en nuestras ciudades, por más que se las disocie de su carácter político (infrapolíticas) y se las condene y criminalice como actos brutales e ilógicos, homogéneos en cualquier entorno social en el que se desarrolle.

Abordamos para ello la emergencia del vandalismo como hecho social en las grandes ciudades andaluzas, con sus expresiones y dinámicas propias, tanto por su presentación territorializada en barrios centrales y periféricos, como por los hechos diferenciales que estas prácticas presentan en escenarios diversos de construcción-destrucción del espacio urbano. Nos importa aquí no sólo caracterizar el fenómeno y describir sus tipologías sino también, y sobre todo, analizar sus circunstancias de partida y su distribución en el espacio y en el tiempo, calibrando el poder simbólico de los lugares y bienes sobre los que se ejerce y visualizando las claves de un modo de intervención basado más en reglas gramaticales propias que en una arquitectura del sinsentido.

Los actos de vandalismo constituyen un claro indicador de la exclusión social que tiene lugar en nuestras ciudades, por más que se los condene y criminalice como actos brutales e ilógicos

1. Introducción

1.1. De París a Andalucía

En el otoño de 2005 asistimos asombrados a una serie de acontecimientos que convulsionaron a nuestros vecinos galos. El país de la Ilustración y de la Revolución por las libertades se sumió en unas revueltas que proliferaron por la mayoría de sus ciudades y que obligaron al gobierno francés, en una postura excepcional, a decretar el toque de queda en todo su territorio. La concatenación de acontecimientos que siguieron posteriormente a estos hechos llevó a la movilización, aunque discreta, a través de una serie de huelgas generales que afectaron al gobierno.

Los que inicialmente se llamaron los “disturbios de París” comenzaron con un hecho singular: el fallecimiento de dos jóvenes musulmanes de ascendencia africana habitantes del suburbio parisino de Clichy-Sous-Bois en una persecución policial. Las protestas populares incriminando a la policía en este hecho tomaron las calles, quemando y destruyendo automóviles, mobiliario urbano y varias infraestructuras públicas¹.

Las revueltas despertaron la simpatía en otros numerosos suburbios de París; acrecentándose y extendiéndose como una mecha encendida al resto del Estado, alentadas por la respuesta soberbia y hosca del gobierno. En unas semanas, Europa se conmovió con estos acontecimientos, que incluso llegaron a propagarse a los barrios periféricos de algunas ciudades belgas, danesas, alemanas, holandesas, suizas y griegas. “Nos tratan como esclavos y nos revolvemos como animales”, recogía de los actores el sociólogo francés Saïd Bouamama² tratando de explicar la aparente irracionalidad destructiva que atentaba incluso contra las precarias infraestructuras sociales de estos suburbios, como escuelas y guarderías.

Aunque se habla de los resultados de la descolonización y de la marginación de colectivos de inmigrantes, también en Andalucía, aunque en menor medida, se incrementaron los ataques vandálicos en esa época, y no precisamente a manos de inmigrantes o de sus descendientes. Se produce pues una extensión del fenómeno, propiciada por los medios de comunicación, pero que ya llama la atención sobre la pre-existencia del lenguaje de la violencia vandálica en las calles³.

Lo que a nuestro entender resulta evidente es que, como prueban estos estallidos, pero incluso más allá de ellos, el vandalismo en contextos urbanos resulta un significativo indicador de determinadas percepciones sociales.

1. Un fenómeno similar es narrado en la película *La Haine* (El Odio, 1995, dirigida por Mathieu Kassovitz). Se presenta la historia de tres jóvenes que viven en una ciudad cercana a París, que un día despierta en estado de sitio debido a enfrentamientos entre jóvenes y policías, provocados éstos porque un joven de 16 años se debate entre la vida y la muerte tras las torturas sufridas en un interrogatorio policial.

2. Ver http://bellaciao.org/fr/article.php3?id_article=20435.

3. En aquellos momentos, el posicionamiento político subsiguiente se materializó en una oposición que acusaba al gobierno municipal de la ciudad de estar ocultando a la opinión pública una realidad

al no facilitar los resultados de los cuantiosos destrozos realizados cada noche durante las semanas más candentes. El Ayuntamiento de Sevilla, por su parte, aducía que con ello pretendía evitar el clima de crispación y reacción en cadena del país vecino.

Claro que ni España es Francia, ni París se corresponde con ninguna de nuestras ciudades andaluzas, ni éstas comparten el pasado colonial galo que ha dado lugar a una especial concentración de miseria entre los colectivos inmigrantes y sus descendientes. Además, buena parte de los actos vandálicos no presentan este claro perfil político contestatario, sino que se desenvuelven en otras esferas, como la lúdico-festiva. Ahora bien, hay un aspecto que se ofrece como común denominador de la realidad urbana europea y que convierte a los suburbios de las ciudades en bombas de relojería prestas a estallar ante situaciones y coyunturas concretas: la exclusión social, que está presente en la esencia de un modelo de desarrollo urbano desigual, y que se impone de muy diversas formas (económica, social y simbólica) a muchos de sus habitantes.

Por otra parte, uno de los sentimientos que acompañaron y aumentaron la conmoción de Europa ante las revueltas en cadena de estos suburbios fue la sorpresa. Tanto la opinión pública como la clase política quedó completamente desconcertada al comprobar la insospechada magnitud y contundencia de los acontecimientos: nadie esperaba una respuesta tan desmesurada e “irracional” de los pobladores de estos barrios.

Precisamente, es este apelativo de “irracional” el que prevalece en los discursos hegemónicos que pretenden describir las formas de respuesta social que representan los actos vandálicos. Discursos en los que se estigmatiza y desoye la llamada de atención que suponen estas agresiones. Una llamada de atención que revela no sólo posicionamientos ante un sistema de exclusión, sino diversas racionalidades y formas de expresión con respecto a lo público.

En el presente artículo nos centramos en analizar algunas variantes del vandalismo urbano como formas de respuesta social, de las que sondear su fuerte carácter político y unas racionalidades y lógicas de funcionamiento propias, diversas y complejas, contextualizadas en diversos escenarios. Para ello, planteamos la pertinencia de un enfoque interpretativo ajustable a las condiciones de este fenómeno, en forma de herramientas para su análisis, y aportamos algunos ejemplos etnográficos en los que se hace uso de dichas herramientas para el caso de las grandes ciudades andaluzas.

1.2. Nuestro enfoque: premisas y herramientas de partida

Por sus múltiples formas, manifestaciones y connotaciones, el vandalismo envuelve una serie de actos diversos y heterogéneos. Partimos de la hipótesis de una coexistencia de actos en los cuales la intencionalidad es bastante elaborada

(y sus causas están bien arraigadas en un sistema social excluyente, como son las pintadas de carácter manifiestamente político, de denuncia o reivindicación) con, por otra parte, otro tipo de actos en los que no está presente tal intencionalidad manifiesta, lo que implica asumir los componentes tanto instrumentales como expresivos presentes en los actos vandálicos.

Por todo ello, y más allá de la definición del vandalismo como “problema social” nos centraremos en su concepción como un proceso multidimensional complejo, de muy diversas raíces en su origen y de múltiples variantes en sus posibles manifestaciones.

No obstante lo anterior, y dado que lo que convierte a un “problema social” en tal es su percepción colectiva (Cohen, 1972), nos interesa este fenómeno en la medida en que en su construcción participan una serie de agentes cuyos intereses en juego dan sentido a dicha construcción. Es por ello que, frente a la magnificación interesada, o a la incorporación dentro de la línea de los fenómenos que despiertan “alarma social”, el vandalismo puede entenderse como un ámbito específico en el que se visualizan otra serie de problemas y fracturas sociales.

Así, pretendemos hacer referencia a algunas de tales fracturas sociales (como la privatización de los espacios públicos, la mercantilización en los usos de lo urbano o el carácter segregador de las políticas urbanísticas) a partir de una caracterización del contexto en el que los actos vandálicos se desarrollan, así como de los actores que son protagonistas y de los objetos sobre los que se ejecutan. Esta triple vertiente (contexto, actores y objetos) conlleva asumir la naturaleza polisémica del fenómeno e implica revisar los significados diversos que presenta en sus distintas formas y configuraciones:

- En cuanto al análisis del *contexto socioespacial* en el que se realizan los actos vandálicos, nos hemos preocupado de vislumbrar su presencia en el ámbito de las grandes ciudades andaluzas y en sus barrios, entendidos estos últimos como conglomerados sociales que por su ubicación céntrica o periférica, no sólo aluden a una disponibilidad de recursos, o a una homogeneizable identificación socioprofesional de sus habitantes, sino a una concreción del espacio urbano de singulares perfiles y características.

- Partimos de la premisa de que las acciones vandálicas se desenvuelven en un escenario de preguntas y respuestas en el que se hace eco de continuas interpelaciones. Es por ello que cobra especial protagonismo la caracterización de los *agentes sociales* que participan, por sus diversos posicionamientos en este acto comunicativo, desde los propios sujetos caracterizados como “vándalos” hasta las instituciones desde las que se responde a este fenómeno, pasando por los agentes públicos o privados que se presentan a cargo de la propiedad, el objeto o el bien atacado y los medios de comunicación por su especial fuerza evocadora de este fenómeno.

- Finalmente, una mirada a los *objetos* del vandalismo nos lleva a sondear, dentro de las heterogeneidades de lo *vandalizable*, ciertas pistas sobre algunos caracteres esenciales de estos bienes, como su naturaleza en términos de propiedad, uso y disfrute y las implicaciones simbólicas de su presencia, que subrayan y señalan su pertinencia como canal de comunicación empleado en los actos vandálicos.

A nivel técnico-metodológico, el trabajo de campo sobre el terreno en algunos barrios de las grandes ciudades andaluzas (Sevilla, Córdoba, Málaga, Cádiz y Granada), del centro o la periferia de éstas, desarrollado entre 2005 y 2008, nos ha ayudado a construir una cartografía *textual* de los actos vandálicos, siguiendo de cerca las huellas que éstos han dejado y dejan en las calles⁴. A vislumbrar los diversos posicionamientos institucionales sobre este fenómeno han contribuido nuestras entrevistas y contactos diversos con representantes de distinto rango: entidades municipales, empresas que gestionan el mobiliario urbano, fuerzas de seguridad y otros servicios públicos (servicios de llamadas al 112, servicios de limpieza y bomberos). Nuestra mirada se ha completado con una necesaria revisión de la normativa aplicable a este tipo de hechos, en forma de ordenanzas municipales, así como el rastreo de su aparición en los medios de comunicación, con especial mención a internet, en su doble carácter de suministradores de información y reproductores-amplificadores.

La exclusión social se ofrece como común denominador de la realidad urbana europea, convirtiendo los suburbios de las ciudades en bombas de relojería prestas a estallar ante situaciones y coyunturas concretas

2. Vandalismo y teorías sobre la violencia social: algunos apuntes básicos

El estudio de la violencia desde las ciencias sociales se ha abordado desde enfoques muy diversos⁵. Si dirigimos nuestra mirada hacia aquellas aproximaciones que asocian la violencia con el orden social o el poder nos encontramos, en principio, con dos grandes tradiciones de estudio:

I. Por un lado, aquellas líneas teóricas de tradición funcionalista en las que prevalecen los argumentos dirigidos a caracterizar la violencia como síntoma y a la vez como causa de los desequilibrios sociales. La violencia se plantea aquí como *código* a emplear por aquellos individuos y colectivos situados al margen del sistema, y por tanto con dificultades de *integración social*. Es decir, la violencia como expresión del descontento ante las disfunciones del conjunto social, en términos de frustración (Merton, 1992), o bien, siguiendo una línea durkheimniana, como resultado de la pérdida *anómica* de vigor de las normas sociales ante las dispersiones de los comportamientos o el alejamiento de los patrones educativos y culturales. La emergencia de pandillas, bandas o grupos más o menos organizados de jóvenes (como las comúnmente llamadas *tribus urbanas*), reflejarían el tránsito desde redes de solidaridad orgánica hacia nuevas formas de agregación social bajo lógicas novedosas de inclusión, identificación y reproducción social. Pero si la violencia como expresión del conflicto social se plantea de forma referenciada a normas sociales superiores (o a la ausencia de éstas), una de las cuestiones básicas a resolver se centra en la indefinición del equilibrio social de partida (siempre contextual y referenciado). Esto último puede llevarnos, por ejemplo, a constatar el ejercicio de la violencia silenciosa contenida en las normas sociales superiores, ya provengan de un colectivo social o de un ente administrativo, como puede ser el propio Estado, del que hay sobradas pruebas de ejercicio del totalitarismo.

4. Al hablar de precedentes, resulta del todo insoslayable situar como referencia el llamado Archivo FX (ver www.fxysudoble.org), del artista Pedro G. Romero, un trabajo de recopilación de imágenes y de estudio de la iconoclasia política antisacramental en España entre 1845 y 1945, así como de investigación de las formas actuales de iconoclasia. La investigación que da lugar al presente artículo es deudora de este trabajo, al invitarnos a disertar sobre el vandalismo urbano como una de tales formas actuales de iconoclasia. Igualmente, y de forma parcial, nuestro estudio se ha nutrido en sus inicios de una ayuda concedida por el Servicio de Investigación y Difusión del Patrimonio Histórico (Consejería de la Presidencia, Junta de Andalucía, 2007).

5. Una revisión de los diversos enfoques teóricos aplicados al ámbito de la delincuencia, aunque extensibles en muchos casos al análisis de la interacción entre violencia y orden social, se desarrolla en Gil Villa (2004).

II. En segundo término, la visión estructuralista se ha centrado en el contrastado papel integrador (y no sólo desintegrador) del conflicto, en la medida en que la violencia se ha incorporado también a acciones dirigidas a superar la exclusión dentro de una estructura social que le daría cabida. Estas tesis irán encaminadas a explicar el conflicto dentro del sistema de clases y a presentar una violencia que puede o no tener un carácter estratégico, pero que presenta una clara dimensión instrumental. Violencia estructural, institucional o sistémica son algunas categorías relacionadas con este enfoque, de presencia contrastada en diversos escenarios (estados, grupos sociales, grupos etnonacionales), por su equiparación con la idea de injusticia social (Galtung, 2003). Se evita así un claro señalamiento en actores concretos que se responsabilicen del daño causado por esta forma de violencia (un determinado sistema económico, social o político, por ejemplo), daño que además es entendido de forma vinculada a las luchas que le son inherentes: de clase, sociolaborales, étnicas, etc.

Dentro de este *daño ampliado*, entendemos que es donde se sitúa un punto esencial: el ejercicio del poder sobre los actos cotidianos, lo que incluye el marco sobre el que se desenvuelven tales actos, y sobre las diversas relaciones sociales que le dan cabida. En este sentido ambas corrientes descritas no profundizan en la existencia de una violencia latente, practicada sobre los espacios, y en nuestras ciudades, sobre los objetos de naturaleza pública o privada que en ellos se asientan, que se convierten en arena política.

Para Bourdieu (1991) se produce, de esta forma, una incorporación de las estructuras objetivas del espacio social. Los agentes toman el mundo como es, lo aceptan como natural, asumen su posición y sus límites (distancias tanto materiales como simbólicas) y lo que cada sujeto puede permitirse y no permitirse, dentro de una relación inconsciente entre un *habitus* y espacio estructurado.

Por otra parte, se hace patente que no existen relaciones de poder sin resistencias, y que éstas son más reales y eficaces cuando se conforman en el mismo lugar en que se ejercen las relaciones de poder. De hecho, la resistencia existe porque está en el lugar que está el poder. Sin embargo, como sugiere Foucault (1980, 1995), tanto el poder como la resistencia son múltiples, multiformes e integrables en estrategias globales, de modo que es preciso superar la estructura binaria de “dominantes” y de “dominados”, hacia una producción de variadas relaciones de dominación integradas en estrategias generales. Este autor rescata de este modo la subjetividad de los actores implicados y entiende su puesta en escena como prácticas que resultan imprevistas por las conductas instituidas. Prácticas que pueden subvertir las verdades del poder por un poder de la verdad.

Scott (1990) centra su interés en la comprensión e interpretación de las prácticas políticas, a menudo fugitivas, de los grupos subordinados; éstas constituyen las infrapolíticas que, a diferencia de la oposición abierta y frontal al poder, se desarrollan de un modo fragmentario, de bajo perfil, pero no por eso menos contundente. Sostiene que mientras se crea que lo político es sólo la actividad que está abiertamente declarada, se concluirá que los grupos subordinados no tienen una vida política o que la que tienen está restringida a aquellos momentos excepcionales de explosión popular, pero se perdería el inmenso terreno político que está entre la pasividad y la revuelta, que es el ambiente político de las clases subordinadas.

Las infrapolíticas son la forma estratégica que la resistencia de los sujetos debe asumir bajo condiciones de gran peligro. Imponen una lógica fundamentalmente diferente de acción política, ya que están diseñadas para oscurecer sus intenciones o cubrirlas con un significado aparente y, a la vez, para ser anónimas.

Con esta aproximación Scott afina en las ideas que nos sirven para entender al sujeto vandálico. En virtud del carácter minoritario y huido, no protagonista, de los sujetos subalternos, renuncia a la expectativa de una réplica al poder bajo su misma congruencia. Es decir, abunda en el reconocimiento de otra racionalidad no necesariamente supeditada a los términos de relación planteados por el poder. Scott concordaría con Foucault en que la subjetividad de los grupos dominados no es irrelevante para interpretar la lógica de su práctica.

Por su parte, De Certeau (1984) aporta una distinción básica entre lo que él denomina estrategias y tácticas. Se diferencian principalmente en que las estrategias tienen un lugar propio. Son acciones que gracias al establecimiento de un lugar de poder (la propiedad de un lugar propio), lugares elaborados estratégicos (sistemas de discursos totalizadores) son capaces de articular un conjunto de lugares físicos en los cuales las fuerzas están distribuidas. Las estrategias privilegian las relaciones espaciales.

En contraste con la estrategia, una táctica es una acción calculada determinada por la ausencia de un locus propio. No hay delimitación de la exterioridad puesto que, de hecho, se está en la exterioridad. El espacio de una táctica es el espacio del otro, se debe jugar en un terreno impuesto y organizado por la ley de un poder extraño. En ausencia de toda soberanía, no tiene los medios para mantenerse a sí mismo, a distancia, en una posición de extracción o mirada: es una maniobra en el “campo enemigo de la visión” y dentro del territorio enemigo. Luego no tiene las opciones de plantear una estrategia general y mirar al adversario como un todo dentro de un distrito visible y un espacio objetivable. Toma ventajas de las “oportunidades” y depende de ellas. Esta falta de lugar propio lleva a una movilidad táctica para estar seguro, pero una movilidad que debe aceptar las ofertas de posibilidad del momento, de cualquier momento. Finalmente, la táctica se presenta

como el arte del débil. Es determinada por la ausencia de poder, así como una estrategia es organizada por la postulación de poder.

En consecuencia, la táctica en la acción vandálica es el necesario arte del débil en una posición perentoria. La diferencia con respecto a la estrategia es que hace uso del poder desde las restricciones más que desde las posibilidades. Mientras que otras formas de respuesta social, como las de los movimientos sociales, ocasionalmente plantean la defensa de un lugar propio, siquiera semántico (por ejemplo, a través de los centros de contrainformación), las respuestas vandálicas carecen de ese lugar que defender, ni territorial ni semántico. Su autonomía reside en lo precario de sus estatutos (en la poca expectativa de autonomía), tan emergentes como inconstantes.

Un signo de inteligencia nada desdeñable en este tipo de prácticas infrapolíticas de la acción vandálica reside en la común adecuación entre sus recursos y posibilidades, y el calibre de las iniciativas emprendidas. En otras palabras, no se hipoteca la posibilidad de acción a la espera de mayores fuerzas, ni a la expectativa de mayores resultados: su máxima condición es la posibilidad que ofrece el momento.

Para entender el vandalismo, la virtualidad de las aportaciones teóricas de estos autores nos ofrece, en el orden expuesto, una línea creciente en cuanto al reconocimiento de los sujetos sociales en su respuesta de bajo perfil, racionalidad y subjetividad propia, y por ende, en su carácter político. Y, a la vez, otra línea decreciente en cuanto a la determinación de estos sujetos por parte de la estructura normativa y a las expectativas de congruencia respecto a los parámetros del poder bajo una lógica de espejo.

Nuestra mirada al contexto en el que el vandalismo emerge en las grandes ciudades andaluzas parte de la constatación de un proceso de evidente mercantilización del espacio público

3. El contexto: trazando fronteras dentro de la ciudad

Nuestra mirada al contexto en el que el vandalismo emerge en las grandes ciudades andaluzas parte de la constatación de un proceso de evidente mercantilización del espacio público. ¿Por qué? En primera instancia, porque los patrones de uso y disfrute de tal espacio público son, en buena parte, producto de una estructura económica que, a escala del Estado de las Autonomías, otorga a Andalucía su lugar *funcional* en la periferia de la terciarización económica, vía opción por los servicios, y dentro de ellos el turismo, como uno de los motores del despegue económico (Delgado, 1995), línea consolidada en la llamada “primera modernización”⁶.

Una interpretación desde el punto de vista culturalista también ahondaría en esta caracterización: puente entre las culturas occidental y africana, los usos del espacio público en las ciudades andaluzas son recuerdos que en alguna parte de la memoria quedan, huella de una tradición árabe de medinas que son bullir de gente, compartir espacios en el *común*, vivir de puertas afuera. Todo ello en el marco de las anuales 3.000 horas de sol. No es casual que ambas interpretaciones, desde el prisma de la estructura económica y la gestión cultural, casen perfectamente cuando se les aplica la lógica mercantilista y que la calle como *producto a la venta* ya esté plenamente establecido, difundido, consolidado.

Lógicamente, no todos son espacios de ocio identificados ahora como *espacios de negocio*. Tampoco sería eficiente, económicamente, no poder subrayar la frontera entre zonas residenciales y zonas comerciales, un señalamiento que ahonda en el carácter distintivo de ambas, y sobre todo, de las últimas. Pero sí son tales espacios de negocio, de forma creciente y casi aplastante, los espacios-estrella, aquellos que se usan para construir la imagen amable de la ciudad, aquellos que se ubican en los centros, y por tanto, aparecen en las postales, en las imágenes de identificación y, por supuesto, en las rutas obligadas de los *tour operators*. Aquellos que, también, se sitúan en la diana de los actos vandálicos. La ciudad del centro, la ciudad de los emblemas.

La ciudad que se desorbita bajo la tensión del turismo patrimonial, especialmente el arquitectónico, vive en un estupor monumental. Según Groys, desde la “fase del turismo romántico” la ciudad pierde el sentido utópico que

6. Algunas correcciones políticas (la ambigüedad de la expresión es intencionada) cargan a la pretendida y más reciente “segunda modernización” de un carácter benevolente, superador de los males de la primera, y por tanto, reconociendo algunas de sus malentendidas “lagunas”, entre las que se encontraría la insostenibilidad económica de un modelo terciarizado, cortoplacista y dependiente, que ahonda en la desindustrialización y confía en el sol y el ladrillo como motores de la economía. De modo que nuevas apuestas por el paradigma I+D+i, sumadas a algunas pátinas de ecologismo y participación (de momento, ampliamente discursivas y tímidamente prácticas) impregnan no pocas políticas locales de izquierda en nuestros grandes municipios.

la había caracterizado para convertirse en una suma de atractivos ajustada a las expectativas de una suerte de particularismo turístico. El pasado dicta el futuro mientras que el presente se monumentaliza:

“El turismo romántico es una máquina para transformar lo provisorio en definitivo, lo temporal en eterno, lo efímero en monumental. Cuando el turista en tránsito visita una ciudad, ésta se presenta a su mirada como a-histórica, eterna, como sumatoria de construcciones que siempre han existido en aquel lugar y siempre seguirán existiendo en su estado actual (pues el turista no puede seguir la transformación histórica de una ciudad ni entender el impulso utópico que la transporta al futuro) [...]. La mirada turística romantiza, monumentaliza y eterniza todo a cuanto se dirige. Y la ciudad se adapta a esta utopía realizada, a la mirada de Medusa del turista romántico. Porque resulta que los monumentos de una ciudad no están allí desde siempre, esperando al turista para ser vistos por él. Muy por el contrario, son creados por el turismo [...]. Y el crecimiento del turismo implica también una creciente velocidad de la monumentalización. Vivenciamos hoy una explosión de la eternidad o, para ser más precisos, de la eternización en nuestras ciudades” (Groys, 2002).

La embriaguez de pasado que se instala en las ciudades turístico-patrimoniales suscita una tendencia inmovilista en lo urbanístico y en lo cultural. Entre la aglomeración turística “de paso” y la especulación inmobiliaria, la ciudad deviene museificada, cosificada. Es el mal narcisista de las ciudades histórico-monumentales: encontrarse atrapada por su propia imagen, achispada de iconodulia, henchida de autocomplacencia. Y, aunque en Andalucía las ciudades monumentales por excelencia son Córdoba, Granada y Sevilla, todas las demás pretenden también serlo en la recién instaurada carrera espectacularista de los núcleos urbanos. Como cabe esperar, el patrimonio cultural de estas ciudades turístico-monumentales es uno de los objetivos predilectos del gamberrismo. Se trata de agresiones a elementos emblemáticos, el vandalismo patrimonial.

Como rasgo de las ciudades en su tónica grandilocuente, una de las características básicas del espacio público mercantilizado es que se asienta sobre un modelo de ciudad en el que las diferencias en el acceso a los recursos, entre barrios ricos y pobres, consolida espacios de inclusión-exclusión: zonas o barrios residenciales, barrios obreros, barrios marginales... son tipificaciones que, con sus lógicas intersecciones y casos intermedios, circulan en la mente de los planificadores de la ciudad, y de alguna forma también entre sus pobladores. De la ciudad del centro, de la ciudad de los emblemas, llegamos a la acotación de los espacios de marginalidad (desde La Chanca en Almería o Almanjáy en Granada a Polígono Sur o Tres Barrios-Amate en Sevilla), fronteras que revierten en vivencias de marginalidad, en construcciones estigmatizadas del *nosotros*.

Conviene aquí llamar la atención, si bien de forma esquemática, sobre una serie de factores múltiples que son determinantes en la condición de vulnerabilidad y/o exclusión social que se reproducen en estas zonas de

la ciudad y que, siendo a su vez causa y consecuencia, es segregadora respecto de los barrios periféricos desfavorecidos (Alguacil, 162: 2006). De la combinación entre ambos procesos podemos extraer algunos factores que se interrelacionan unos con otros hasta conformar la situación en que se encuentran estos barrios:

- *Factores de carácter urbanístico.* Los comúnmente llamados *barrios periféricos* presentan diferentes variantes de degradación urbanística, debido a deficiencias estructurales en los edificios y viviendas, a la falta de infraestructuras para atender las necesidades de la población y la escasa calidad medioambiental en la zona. Se trata de tipologías propias de un urbanismo de urgencia, desordenado y descomprometido con el uso del espacio público. Y lo que es peor, escasamente actualizable y actualizado a la luz de las cambiantes necesidades de los residentes.
- *Factores asociados a las actividades económicas.* El carácter monofuncional de estos barrios, prácticamente con una orientación exclusivamente residencial, hace de estas unidades un buen exponente de la simplicidad y empobrecimiento urbano donde apenas tienen cabida actividades económicas variadas y compatibles con la residencia. A ésta hay que añadir la caída de las actividades tradicionales en los servicios de proximidad, fundamentalmente el retroceso del pequeño comercio frente a la implantación de grandes superficies comerciales, sumado ello a la percepción de abandono de los espacios públicos y de inseguridad ciudadana. Precisamente, junto al retroceso de las actividades normalizadas aparece el avance de las actividades económicas informales, ilegales o delictivas que realimentan una imagen de marginalidad y refuerzan el estigma sobre el espacio.
- *Factores de carácter sociodemográfico.* Junto a la elevada tasa de dependencia poblacional (producto de la combinación entre altas tasas de envejecimiento y de juventud) se produce una acumulación de personas que viven solas, de hogares con desestructuración familiar, así como de movimientos migratorios de salida de la población originaria de la zona. La movilidad poblacional provoca un doble efecto: el primero de ellos supone la huida de aquellos sectores menos vulnerables que, ante la degradación del barrio y en cuanto sus condiciones económicas se lo permiten se trasladan a barrios más “normalizados”. El otro efecto supone la entrada a la zona de las personas y familias más precarizadas de la sociedad, atraídas en los últimos años fundamentalmente por los precios de la vivienda, cuando no emplazadas desde los servicios sociales públicos mediante políticas sociales segregadoras *de facto*. Se crea así un círculo que garantiza la presencia de población en situación de pobreza y de exclusión social, lo que tiene raíces en un modelo de desarrollo desigual de la ciudad que genera espacios estigmatizados. La sustitución de población y la movilidad permanente impide el arraigo

y reproduce la marginación, ahondando en la estigmatización de estos barrios.

A estos factores se suman otros que tienen que ver con el deterioro de las redes sociales y de convivencia respecto a lo advertido en los inicios de estos barrios, en el camino ya descrito por L. Wacquant (2001: 138) que lleva de la estigmatización social a la “desorganización” social. Nos referimos a la evidente conexión entre la desidentificación con el espacio marginalizado y el atomismo social. Son signos de ello la evidente falta de acoplamiento a la nueva situación social de un tejido asociativo en retirada, en ajuste perfecto con el negocio de los servicios sociales privatizados. Sintomático de este fenómeno es también cierto anacronismo en el tejido asociativo, sobre todo en el caso de las asociaciones vecinales, más acordes con la estructura social de la década de los ochenta que con una estructura social fuertemente segmentada como la actual que presenta nuevos problemas muy diferentes de aquellos que motivaron las reivindicaciones del asociacionismo vecinal.

Una de las características básicas del espacio público mercantilizado es que se asienta sobre un modelo de ciudad en el que las diferencias en el acceso a los recursos, entre barrios ricos y pobres, consolida espacios de inclusión-exclusión: zonas o barrios residenciales, barrios obreros, barrios marginales...

4. Las cifras: una aproximación cuantitativa al fenómeno en las grandes ciudades andaluzas

Un primer hecho llama la atención en cualquier análisis de las cifras que dan cuenta de la evolución de este fenómeno en los últimos años: el despegue de este tipo de actos a partir del verano de agosto de 2005, momento en el que las cifras experimentan un crecimiento espectacular en prácticamente todas las grandes ciudades andaluzas.

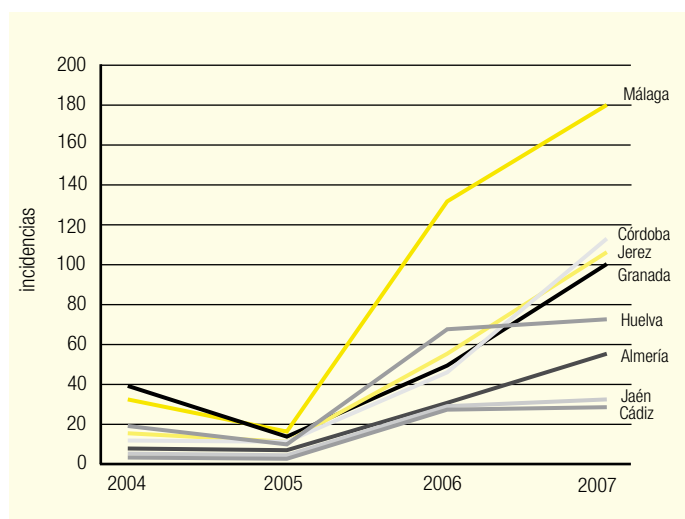
Para documentar este hecho podemos aportar las cifras ofrecidas por una fuente fidedigna, como es el servicio de atención de emergencias en Andalucía a través del teléfono 112. Este servicio centraliza a escala de toda la comunidad autónoma la práctica totalidad de las incidencias de este tipo, coordinándolas y derivándolas a otros servicios (policía, bomberos, etc.). Lógicamente, se trata de incidencias que han sido referidas en llamadas por teléfono de usuarios (y posteriormente documentadas, y por tanto contrastadas en su existencia por los distintos servicios), detectándose el referido crecimiento en dicho momento (agosto de 2005), de manera que las 27 llamadas del mes anterior para el total de Andalucía fueron más que decuplicadas, llegando a un total de 288:

Ciudad	JULIO 2005	AGOSTO 2005
Almería	0	4
Cádiz	1	29
Córdoba	3	10
Granada	3	12
Huelva	1	22
Jaén	1	2
Málaga	5	35
Sevilla	13	174
ANDALUCÍA	27	288

Fuente: elaboración propia a partir de datos proporcionados por el servicio de emergencias 112. Junta de Andalucía.

Este crecimiento es generalizado para todas las ciudades andaluzas y es mantenido de forma constante hasta el momento en el que se han recabado estos datos (julio de 2007), como se representa en el gráfico que se acompaña a continuación. En él incluimos a la ciudad de Jerez, dada su significativa aportación poblacional, que es aquí consecuente con el número de actos referidos. Igualmente, no se incluye a Sevilla, que merecerá tratamiento aparte en un posterior gráfico, dado el gran volumen de actos de este tipo, que se escapan de la magnitud registrada en el resto de localidades:

Llamadas al servicio de emergencias 112 por denuncia de actos vandálicos



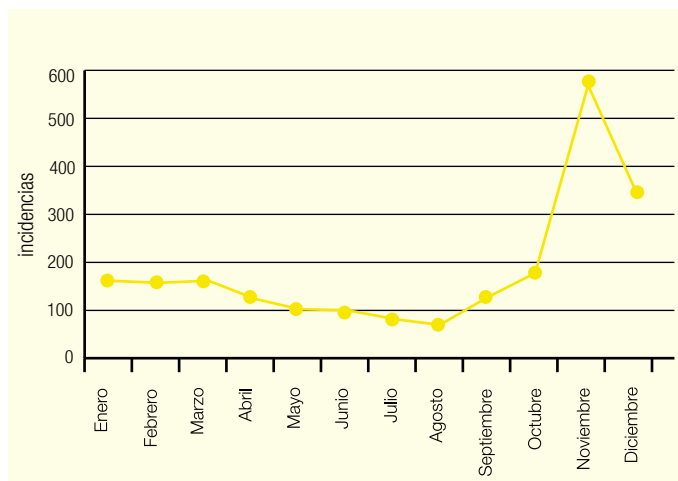
Fuente: elaboración propia a partir de datos proporcionados por el servicio de emergencias 112. Junta de Andalucía (2007).

Destacan dentro de este tipo de actos la quema de contenedores de recogida de basuras. En una ciudad como Córdoba, en cuyas calles existen alrededor de 9.200 contenedores de este tipo, fueron sustituidos durante el año 2008 un total de 286 por haberse incendiado éstos intencionadamente, lo que supuso un gasto de más de 200.000 euros en el citado ejercicio (fuente: Empresa municipal de Saneamiento de Córdoba, S.A., 2008).

La variación estacional de estos datos presenta algunas características. Contrariamente a lo que podría pensarse por la correlación bonanza climática-uso de la calle, es en los meses de verano donde se producen de forma generalizada, en todas las capitales andaluzas, los mínimos anuales de actos vandálicos recogidos en estas estadísticas. Además, curiosamente, junto a la ligera bajada en los meses de primavera-verano, el pico anual de incidencias coincide con los últimos meses del año, donde se contabilizan una gran

cantidad de actos de este tipo (entre los que destacan, como refieren las fuentes consultadas, la quema de contenedores), como se expresa en el siguiente gráfico:

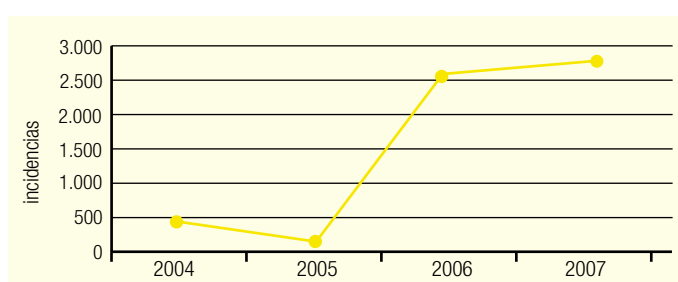
Incidencias de actos vandálicos remitidas al servicio de emergencia 112. Años 2003-2006



Fuente: elaboración propia a partir de datos proporcionados por el servicio de emergencias 112. Junta de Andalucía (2007).

Como referimos, otra característica fundamental es el fuerte peso cuantitativo que aporta la ciudad de Sevilla con respecto a las otras ciudades andaluzas, ciudad que hemos extraído del gráfico, ya que su serie se distancia bastante del resto:

Llamadas al servicio de emergencias 112 por denuncia de actos vandálicos (Sevilla)



Fuente: elaboración propia a partir de datos proporcionados por el servicio de emergencias 112. Junta de Andalucía (2007).

Para el conjunto de las ciudades andaluzas, la explicación de este incremento en el número de incidencias (en el que destacan la quema de contenedores) aún está por abordarse de una manera certera. Por la coincidencia en las fechas, este fenómeno bien podría asociarse a un cierto “efecto llamada” de los disturbios en las *banlieus* parisienses, que se produjeron en esos meses (otoño de 2005), dada además su significativa expansión mediática. Superadas estas fechas, la continuidad en el tiempo de este tipo de actos podría en parte explicarse por un nuevo efecto llamada, esta vez, como refieren algunos de los bomberos entrevistados, al resumido en la siguiente premisa: “para quienes cometen estos actos, la visión de un contenedor quemado llama a la quema de uno nuevo”.

Desde nuestro punto de vista, no caben explicaciones simples para un fenómeno tan complejo, localizado además en diferentes espacios. Por ejemplo, podrían aportarse algunas explicaciones estructurales, como el aumento de cierto descontento social de raíces socioeconómicas entre la población de las ciudades, fundamentalmente en sus barrios periféricos. Descontento al que podría coadyuvar la difusión en los últimos años del *lenguaje* de la quema del llamado “mobiliario urbano” como medio de expresión y descontento. A ello podemos sumar las reiteradas referencias que encontramos en nuestras entrevistas a vecinos y técnicos relacionados con la intervención social (al menos en el caso de Sevilla, que es el que seguimos más de cerca en este punto), y que hablan de la llegada anticipada de la crisis económica y de sus devastadores efectos a los barrios más depauperados, lo cual es comprensible por la precariedad y debilidad del tejido socioproductivo de su población. Todo ello resumido del siguiente modo: “cuando las cosas van mal, son estos barrios y sus habitantes los que lo notan primero”.

Finalmente, y al margen de otras dimensiones de estos actos, como la expresiva, también participarían aquí otros argumentos, como los referidos a la especial configuración de este tipo de objetos, que los convierte en objetos de consumo, altamente “consumibles”, en este caso por el fuego. Cabría interrogarse, por ejemplo, por qué en la fabricación de estos objetos (contenedores, pero también papeleras y otros objetos del espacio público), y aún a sabiendas de los altos costes que implica su renovación, se emplean materiales fácilmente inflamables, como refieren en este punto los bomberos y técnicos consultados.

5. Agentes y objetos: jóvenes y violencia vandálica

La anterior lectura de contexto estaría incompleta si no habláramos de los agentes protagonistas de la acción vandálica, comúnmente asignada a los jóvenes. Aquí, siendo conscientes de que hablar de *jóvenes* de forma homogénea es mucho más que una licencia, coincidimos con O. Román (2007, p. 179) en que “las culturas juveniles juegan el rol de ‘antenas’ de las principales contradicciones sociales existentes en un determinado momento histórico en una sociedad, pues los jóvenes tienen una mayor sensibilidad, y una mayor capacidad y disponibilidad para expresar, aunque en muchas ocasiones de manera fragmentaria y casi siempre metafórica, dichas contradicciones básicas, con las que tendrán que lidiar y a través de las cuales deberán ocupar su lugar en el mundo”. Es decir, los jóvenes funcionarían a la vez como amplificadores de las fracturas sociales, y como representantes de nuestro presente y de nuestro futuro, que es el suyo.

En este punto no debe perderse de vista la incorporación de la violencia vandálica, en forma de un componente más dentro de los ritos de paso a la edad adulta, de los que habla Feixa (2006). Unos ritos en los que participan jóvenes de sexo masculino, dada la común asignación de la violencia a un comportamiento “viril”, lo que implica que las manifestaciones de desarrollo de competencias masculinizadas están muy presentes en el vandalismo. Ello es causa (y en parte, también consecuencia) de la propia distribución por sexos en el uso del espacio público, de manera que la presencia en la calle sigue estando más limitada en algunas franjas horarias y zonas en las mujeres que en los hombres (Feixa, et al, 2006). La autorrepresentación supone la puesta en escena de uno mismo ante los demás, en terminología de Goffman (1989), que implicaría el uso de la fuerza (y por ende, de la violencia) sobre los objetos como demostraciones de ejercicio del poder (Recasens, 2007: 29), para lo que ayudarían otros factores como el consumo de alcohol o las drogas, que ejercerían a la manera de vehículos o *aceleradores* de la acción.

En las habituales interpretaciones asociadas a la vinculación entre juventud y actos vandálicos aparece con fuerza la idea de la violencia intrínseca a estos actos como un simple epifenómeno de lo que es, en esencia, un acto lúdico o festivo. En otras palabras, los actos de violencia vandálica surgirían como un elemento más, necesario para la diversión de los jóvenes, como una *materia*

prima más que se consume en su tiempo de ocio, siendo este sentido el que explicaría este tipo de actos por encima de cualquier otro. Interviene aquí, de forma no fortuita, la inclusión de los jóvenes en un universo relacional en el que, bajo algunos enfoques, le son más propias las estructuras orgánicas de primer orden: banda, pandillas o *tribus urbanas* (Maffesoli, 1990) en términos de subculturas. En buena medida, y bajo esta óptica, los actos vandálicos se explicarían por sí mismos, dentro de una subcultura juvenil determinada (skin, punk, etc.) perdiendo relación con el contexto macro en el que se desenvuelven, salvo por el hecho de que dichas subculturas se construyan en relación a una cultura dominante, también planteada de un modo un tanto homogéneo y cosificado. A este respecto resulta muy ilustrativa la obra ya clásica de Albert K. Cohen *Delinquent Boys: The Culture of the Gang* (1955).

En todo caso, la lógica del grupo estaría aquí presente eclipsando a cualquier otra, en la que se produce la consideración de fenómenos violentos protagonizados por agregados sociales cosificados: bandas, tribus, etc. Sería su “comportamiento tribal” el que explicaría, en última instancia, el sinsentido de sus actos.

Otro subproducto de esta interpretación se basaría en la idea de la falta de respeto hacia lo común. El desprecio a “lo que es de todos” estaría bajo la base de un argumento que, precisamente, hace aguas desde el momento que advertimos la creciente privatización y mercantilización de los espacios públicos y la enajenación de éstos para el uso, precisamente, cada vez más alejado de una idea de lo común⁷.

Por otra parte, casi tanto o más que el hecho en sí, pesa en sus consecuencias la constatación de que, de forma creciente, muchos actos vandálicos son grabados y difundidos por Internet. Para ilustrar este extremo podemos referirnos a un caso concreto: el de la grabación de un acto por el cual una bicicleta es arrancada del emplazamiento en un puesto fijo del servicio de alquiler público en Sevilla capital, para después ser lanzada al río entre gritos y vítores de los protagonistas de la acción⁸. No importa el acto sino su huella, que ya no es borrada al reponerse la bicicleta rota o robada, sino difundida por los medios, amplificada por la acogida en los foros y comentarios en internet. Si hablamos de la construcción de una reputación, aparte de un acto de violencia sobre un objeto, importa su ejecución y hasta su personificación (en el vídeo se nombra varias veces el nombre de pila de uno de los responsables de tal acto).

La apariencia de este tipo de objetos subraya su disponibilidad horizontal y “fácil” (bajo coste), su carácter comunitario (usar la bicicleta para desplazarse sin ser propietario de ella, compartiendo su uso con otros miles de ciudadanos). Simbólicamente, el hecho de que para hacer dicho uso y desbloquearla de su estación (según el procedimiento normalizado) sea necesario una tarjeta (que no es de crédito, pero que exige un crédito de 150

euros... precisamente lo que puede valer una bicicleta, aunque con menos prestaciones y calidad), que los colores empleados en las bicicletas sean los de una figura de relevancia (el ayuntamiento, promotor de la iniciativa, lo que no hace necesario que ningún logo subraye tal papel) y, en esencia, su falsa disponibilidad, asentándose en el espacio público, son todos elementos que subrayan lo incumplido de la promesa de uso comunitario y las vinculaciones con otros elementos emblemáticos, cargados de poder, dentro del contexto urbano: aquellos lugares en los que se paga con tarjeta, los centros de poder administrativo, etc.

Sin que subrayar el poder simbólico contenido en los objetos conlleve necesariamente vincular los actos vandálicos que les afectan a una lógica reactiva, puede aplicarse en este caso parcialmente lo dicho en anteriores líneas: el hecho de que se realicen en momentos de ocio, su componente de brutalidad masculinizada manifiesta, el peso del grupo en la realización del propio acto, etc.

De hecho, si la ciudad es mercado y el mercado ciudad crecientemente configurada en muchas de sus estructuras de base por y para el consumo, también pueden verse estos actos vandálicos precisamente como actos de consumo de los jóvenes en tiempo de ocio, en un sentido ampliado. Empeñar cierto esfuerzo en apropiarse de un bien para “consumirlo” (por las llamas, o para diluirlo en las aguas de un río), acortando así su vida útil, es al fin y al cabo lo que afecta a muchos otros bienes y objetos cuya relación resulta mercantilizada: en ellos se “agota” su uso hasta quemarlo o diluirlo, hasta hacerlo desaparecer.

Dentro de esta asociación entre bienes y actos consuntivos, no es casual que, como refieren representantes de empresas consultadas que instalan diverso mobiliario urbano, sean aquellos objetos que contienen publicidad los que más llamen a este “otro tipo” de consumo. La emblematicidad de estos objetos, asentada en su carácter pregonador del acceso a los bienes de consumo, resulta manifiesta: los ataques tanto a los llamados “mupis” como a las marquesinas, son incomparablemente superiores que los dirigidos, por ejemplo, a los aseos públicos. Vale como botón de muestra la siguiente distribución, para el caso del semestre enero-junio 2007 en la ciudad de Córdoba:

Tipo de elemento	Unidades afectadas
Aseo	3
Mupi	28
Marquesinas	22

Fuente: JC Decaux. 2007.

7. En el diario *El País* (22-01-09) encontramos una clara referencia a esta y a otra suerte de interpretaciones asociadas a las llamadas “conductas incívicas”, explicación funcional por otra parte con una idea apolítica de la sociedad, en la que se hacen patente una vez más las ausencias: no hay poder simbólico dirimido en los espacios, todo lo público es común, etc.

8. Visible en la siguiente dirección: <http://www.youtube.com/watch?v=3mcbxqGoBsQ>

No obstante, los objetos no presentan el mismo valor en todas las zonas de la ciudad, porque la ciudad no se concibe, ni “vale” lo mismo para sus pobladores en sus diversos espacios, en los barrios y calles que la conforman. En testimonios recogidos entre los habitantes de algunas de sus zonas más degradadas y de más compleja problemática social (concretamente en el entorno sevillano de Tres Barrios-Amate, donde se ubica la tristemente famosa barriada de Los Pajaritos), llama la atención el hecho de la desidentificación con el espacio, en el que la pertenencia a éste es vivida como un estigma, como refiere uno de sus pobladores, una mujer de 35 años:

“¿Pa qué les vas a hablar de que vives en Los Pajaritos? El que sabe dónde está te dice: ‘vamos, allí no me meto yo... ni por casualidad, a mí me han dicho que como te metas en ese barrio...’”

Coincidimos con L. Wacquant (2001) en que precisamente buena parte de las actitudes de violencia hacia el entorno vienen de esta falta de identificación con el barrio, que es vivida en clave estigmática, lo que ilustra claramente el siguiente testimonio de un joven de la zona, de 19 años:

“¿Arreglar el barrio?... No se puede. Bueno sí, metiéndole una bomba, la única manera de arreglar esto es echarlo todo abajo.”

Por otra parte, y refiriéndonos al papel de otros medios de comunicación de masas (prensa, radio, televisión) con respecto a este tipo de hechos, es preciso resaltar su funcionalidad con las disputas por el poder político, fundamentalmente a escala local. Así, la difusión de estos hechos es abonada desde tales medios en tiempos preelectorales, pues es perfectamente funcional a algunos programas políticos que pretenden generar adhesión con la conversión de la calle en guerra y la atribución a esos “otros” (jóvenes gobernados por el alcohol, pandilleros sin control...) de los males del deterioro de la ciudad frente a los valores del civismo y la democracia “bien entendidos”, al margen de poner sobre la llaga el dedo acusador de una mala gestión en los asuntos de cuidado de los bienes públicos urbanos.

No obstante lo anterior, coincidimos con Foucault (1995) en el rechazo de un cierto automatismo que suele atribuirse a la lógica de las prácticas de los sujetos en cuanto a la influencia que en éstos tienen los medios de comunicación de masas. Dicho autor encuentra que la acción de los sujetos no sufre de tal determinación exterior sino que, por el contrario, es relativamente autónoma. Aún más, sostendría que cuanto más presión externa reciba un sujeto para actuar de determinado modo, más energía pondrá en liberarse de tal presión. De este modo, argumenta: “uno siempre se queja de que los medios atiborran las cabezas de la gente, pero hay cierta misantropía en esta idea. Pienso, por el contrario, que la gente es reactiva. Y el deseo de saber más, y mejor, crece con este intento de llenar los cráneos”.

Quizás de ahí viene el efecto contrario que a menudo causan las lecciones ejemplarizantes, donde se criminalizan determinados comportamientos sociales, en su mayoría asignados a jóvenes, implicados así de forma naturalizada en actos relacionados con la llamada “violencia urbana”. Se comprende que de este modo los medios de comunicación puedan actuar como voceros de pacificación, pero a la vez como espectacularizadores e instigadores de aquellos comportamientos que se pretenden corregir.

Por otra parte, casi tanto o más que el acto vandálico en sí pesa en sus consecuencias el hecho de que, de forma creciente, muchos sean grabados y difundidos por internet

6. Otras formas expresivas de intervención en el espacio público

La dimensión expresiva de los actos vandálicos no se agota, como cabe esperar, en una especie de grito distorsionado e inarmónico en contra de objetos que pueden (o no) simbolizar el poder. Las múltiples caras y vertientes de los actos vandálicos nos ponen sobre la pista de otro tipo de intervenciones en el espacio público. Uno de los más llamativos, y que no se muestra en las estadísticas anteriormente referidas, es el de las diferentes pintadas de paredes, puertas, muros y otros muchos objetos del mobiliario urbano y que implica grandes desembolsos de presupuestos municipales, afanando a grupos de limpieza específicos que recorren las calles en nuestras ciudades diariamente.



Graffitis y tags en una zona emblemática de la ciudad de Granada.⁹

Dentro de las pintadas, dominan mayoritariamente los archiextendidos *tags* (firmas recurrentes), más o menos personalizadas, y los *graffities*. Pero lógicamente, se incorporan muchas variantes, desde los ensayos caprichosos de jóvenes de corta edad que inscriben su nombre hasta las que, de forma creciente, son asimiladas como “formas de arte urbano” para uso comercial.



Primeras inscripciones de nombres en la tapia de un colegio público sevillano.

En la anterior fotografía, tomada en la barriada de Los Pajaritos (Sevilla), la tapia del colegio sirve de pizarra donde los más jóvenes ensayan sus primeras inscripciones, que suelen ser escrituras simples, autorreferenciales (comúnmente, conteniendo los nombres de pila). La escuela, el lugar del saber, no por casualidad un evidente *locus* de poder institucionalizado, se convierte ya en el primero de los focos hacia el que dirigir la incipiente acción vandálica.

En otro orden se sitúan las inscripciones de contenido político, ideológico o con otros motivos, como el ilustrado en el siguiente testimonio gráfico ubicado en el centro de Sevilla:



“Faltan bancos y sobran hipotecas”. Pintada en un banco en La Alameda de Hércules, centro de Sevilla.

9. Fuente: http://lh4.ggpht.com/audio.transfer/SAXZFKk0IXI/AAAAAAAAAM/Lnqw8AHDf1o/tag15_with_window.jpg

En la anterior imagen, operarios de los servicios públicos del Ayuntamiento de Sevilla realizan tareas de limpieza de una pintada realizada en uno de los escasos bancos de la recién remozada Alameda de Hércules. La inscripción decía: "faltan bancos y sobran hipotecas". Huelga decir que el momento (octubre de 2007), llama a la reflexión sobre el contexto socioeconómico en el que se plantea, y el sociopolítico, con una ordenanza antivandalismo en ciernes¹⁰. Apoyándose en lo llamativo del texto parece reivindicarse mejoras en el espacio público, en este caso la instalación de más bancos o, de forma extendida, la denuncia de un urbanismo practicado en la zona y entendido de un modo despersonalizado, si se quiere. Todo ello, a través de una contradicción de base, propia de este tipo de actos, y que precisamente refuerza su potencial interpelador: la acción de degradación se realiza contra el mismo espacio sobre el que se pretende la mejora.



Jornadas en defensa del espacio público. Sevilla, marzo de 2009.

Paradójicamente, se podría también plantear aquí que la rápida disposición de una pared limpia supone dejar la puerta expedita a la siguiente pintada, en una suerte de democratización de *facto* respecto a un nuevo acceso a las inscripciones en el espacio público mediante esta vía. Es así porque la lógica de "vandalismo llama a vandalismo" es aplicada en éste y otros muchos casos a rajatabla, en los que el borrado-limpiado se efectúa a menudo con sólo unas horas de espacio que lo distan de la agresión-pintada. Y más cuando el aquí llamado acto vandálico es usado como medio de expresión y refiere a aspectos y contenidos que atañen a prácticas y políticas administrativas. Lógicamente, si un *tag* de contenido difícilmente descifrable puede estar meses o años en una determinada pared o muro, lo que los mismos operarios llaman "pintadas políticas" tienen los días (o las horas) contadas.

Pero el marco sociopolítico en el que se desenvuelven estas acciones no se limita al esquema vandalismo-reacciones políticas (sancionadoras o de limpieza), puesto que otras voces se elevan sobre la arena política en la que se convierte el espacio público. Es el caso del pliego de alegaciones a las referidas ordenanzas municipales¹¹ planteadas en los días posteriores a su presentación, por una amplia variedad de instancias, o la celebración de actos como el que se refiere en el anterior cartel, que al anunciar la necesidad de reclamar el espacio público, pone el acento sobre algunos de los aspectos de los que hemos estado haciendo referencia en este trabajo: aquellos que refieren a la necesaria recomposición en los esquemas de uso y disfrute *humanizado* de nuestras calles y plazas.

Las múltiples vertientes de los actos vandálicos nos ponen sobre la pista de otro tipo de intervenciones en el espacio público: pintadas de paredes, puertas, muros... que implican grandes desembolsos de presupuestos municipales en grupos de limpieza específicos

10. La llamada ordenanza municipal de medidas para el fomento y garantía de la convivencia ciudadana en los espacios públicos fue presentada en año preelectoral por las propias autoridades municipales como la "ordenanza antivandalismo". Su aprobación inicial se publica con fecha 18 de abril de 2007 en el Boletín Oficial de la Provincia. Mediante esta norma se sanciona con multas de hasta 3.000 euros a los actos considerados vandálicos como la quema de coches o contenedores o la destrucción de mobiliario urbano.

11. Un total de 1.391 alegaciones individuales y 54 alegaciones colectivas fueron presentadas en mayo de 2007 por la Asamblea

por el Libre uso del Espacio Público y el Foro Social de Sevilla. Desde estas instancias se denuncia el hecho de que el marco normativo descrito "recurre a la sanción y la penalización como instrumentos para lograr el orden público", hasta el punto de incorporar entre los actos vandálicos "actividades vecinales, culturales o políticas que, lejos de ser incívicas, son ejercicios de derechos fundamentales". Fuente: <http://www.forosocialsevilla.org/spip.php?article259>

7. Algunas consideraciones finales

En líneas anteriores hemos apostado por una premisa básica: puede (y debe) leerse la ciudad a partir de lo que en apariencia son algunos de sus “actos de barbarie”, reconvertidos en muchos casos en inscripciones, en huellas que otorgan sentido a las vivencias y percepciones del espacio público por parte de sus moradores.

Pero los actos vandálicos no son siempre violencia, o al menos son violencia difusa, repartida en un marco de micropolíticas que se tejen en ámbitos en los cuales puede hablarse, y claramente, de violencia estructural y violencia simbólica contenida en los bienes y en los espacios de uso público. Por ello, no es posible ofrecer una definición cerrada, sino una caracterización, una cartografía textual, en la que aquí hemos resaltado algunas claves políticas del contexto, de los agentes y de los bienes objeto de este tipo de actos.

La dificultad de aprehensión del fenómeno del vandalismo, salvado su uso homogeneizador y simplificador desde el que se apuesta en diversas instancias (políticas y mediáticas, fundamentalmente) proviene de su enorme diversidad de manifestaciones y presentaciones, así como de la ausencia de un discurso propio unificado. Más bien, la gramática de los actos vandálicos funciona, en efecto, a modo de *gramática parda*. Así, comprobamos que los ataques al patrimonio público y privado, bajo una amplia gama de formas y en una pluralidad de espacios, muestran diversos lenguajes, respuestas y vivencias. Pero, en gran medida, también visibilizan fehacientemente el grado de desacato de sus ejecutantes para con la sociedad y el papel que ésta les adjudica.

Somos conscientes de que no es automática la asociación entre vandalismo y exclusión social, pero entendemos que la desatención pública a estas agresiones contra el patrimonio y su descalificación como “gamberrismo gratuito y sin sentido” nos está privando de un sutil “pulsímetro del descontento social” en nuestras ciudades. Descontento entendido en sentido amplio y complejo, en la medida en que la ciudad, por diversas razones, se vuelve hostil a sus moradores, hasta el punto en el que éstos elaboran un marco de relación con aquélla en el que la violencia vandálica es uno de sus lenguajes.

Llegados a este punto no es posible, por tanto, hablar de soluciones a un problema construido de forma cerrada desde las intencionalidades del discurso hegemónico, dado además el fracaso anticipado de las medidas policiales, de las normativas sancionadoras y de las acciones desde el aparato mediático. Los males de nuestras ciudades no pueden resolverse en dos pinceladas. Si, en efecto, el vandalismo en nuestras calles se plantea en parte como un problema a dirimir en la esfera comunicativa, existe, como mucho, la posibilidad de generar procesos de mediación que lleven a soluciones parciales ante presentaciones parciales de este fenómeno multipolar. Espacios de diálogo sobre la ciudad y sus usos, más allá de acciones paternalistas. Espacios en los cuales, los jóvenes, protagonistas naturalizados de este tipo de actos, puedan ejercer, por esta vez y de otras formas, de interlocutores en la sociedad y en las ciudades en las que viven.

8. Bibliografía

ALGUACIL GÓMEZ, JULIO (2006):

"Barrios desfavorecidos: diagnóstico de la situación española". Publicado en: Vidal Fernández, Fernando (dir.), *V Informe FUHEM de políticas sociales: La exclusión social y el estado del bienestar en España*, Madrid. FUHEM.

ARIÑO VILLARROLLA, A. (2002):

"La expansión del patrimonio cultural", en *Revista de Occidente*, nº 250, Madrid.

BOURDIEU, P.:

Sociología y cultura, Grijalbo, México. 1990.
—*El sentido práctico*, Taurus, Madrid. 1991.
—*Cosas Dichas*, Gedisa, Barcelona. 1996.
—*Razones prácticas*, Anagrama, Barcelona. 1997.

CHARTIER, R. (1996):

Escribir las prácticas, Manantial, Buenos Aires.

COHEN. A.K. (1955):

Delinquent Boys: The Culture of the Gang, The Free Press, Glencoe, Illinois.

DE CERTEAU, M. (1984):

The practice of everyday life, University of California Press, Berkeley.

FOUCAULT, M.:

Microfísica del poder, Ediciones de la Piqueta, Madrid. 1980.
—*Vigilar y castigar*, S. XXI, Buenos Aires. 1989.
—*Un diálogo sobre el poder*, Alianza, Madrid. 1995.

FEIXA et al. (2006):

De jóvenes, bandas y tribus, Ariel, Barcelona.

GALTUNG, J. (2003):

Violencia cultural, Gernika-Lumo, Gernika Gogoratuz.

GARCÍA CANCLINI, N. (1990):

Culturas Híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad, Ed. Grijalbo, México D.F.

GARCÍA CANCLINI, N. (1999):

"Los usos sociales del patrimonio cultural", en VVAA, *Cuadernos. Patrimonio etnológico, nuevas perspectivas de estudio*, núm. X. Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico. Consejería de Cultura. Junta de Andalucía.

GIL VILLA, F. (2004):

La delincuencia y su circunstancia. Sociología del crimen y la desviación, Ed. Tirant Lo Blanch, Valencia.

GROYS, B. (2002):

"La ciudad en la era de su reproductibilidad turística", en el Catálogo *Europa-América: Selección 25ª Bienal de São Paulo 2002 - Iconografías Metropolitanas*, MAC, Univ. de Chile. También en: <http://www.uchile.cl/cultura/mac/catalogos/25bienal/groys.html>

GOFFMAN, E. (1989):

La presentación de la persona en la vida cotidiana, Amorrortu, Buenos Aires.

GLASS, D. (1971):

Social Mobility in Britain, London: Routledge and Paul Kegan.

LIMÓN DELGADO, A. (1999):

"Patrimonio: ¿De quién?" en VVAA, *Cuadernos: Patrimonio etnológico, nuevas perspectivas de estudio*, IAPH, Consejería de Cultura, Granada.

LESCHZINER, VANINA y KUASÑOSKY, S. (1997):

"De las prácticas en la pobreza", ponencia para *Pobres y pobreza en la sociedad argentina*, CEIL, Universidad Nacional de Quilmes.

MAFFESOLI, M. (1990):

El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en la sociedad de masas, Icaria, Barcelona.

MERTON, R. (1992) :

Teoría y estructuras sociales, Fondo de Cultura Económica, México.

RECASENS, A. (2007) (coord.):

La violencia entre jóvenes en espacios de ocio nocturno: un estudio comparativo europeo, Escuela de Policía de Cataluña. Atelier, Barcelona.

SCOTT, J. (1990):

Domination and the art of resistance, Yale University Press, New Haven.

SUBIRATS, J. (dir.) (2005):

Análisis de los factores de exclusión social, Fundación BBVA. Madrid.

WACQUANT, L. (2001):

Parias urbanos: marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio, Manantial, Buenos Aires.

... 37 38 39 40 41 42

NÚMEROS PUBLICADOS

- 01: Aportaciones para entender el efecto de la inmigración en Andalucía
- 02: Cómo entender el debate de la Financiación Autonómica
- 03: La Reforma del Estatuto de Autonomía para Andalucía: contexto e inicio
- 04: Valores democráticos de la II República
- 05: El gasto y el endeudamiento en las familias españolas
- 06: ¿Es viable el copago en el sistema de financiación sanitaria?
- 07: La brecha digital de Andalucía
- 08: Dependencia en personas mayores en Andalucía
- 09: La política en Andalucía desde una perspectiva de género
- 10: Propuestas para el uso racional del agua en Andalucía
- 11: La Reforma del Estatuto de Autonomía para Andalucía: la pro posición parlamentaria
- 12: La evolución del bienestar en Andalucía
- 13: Los andaluces y la Unión Europea
- 14: Aproximación a la Cooperación Internacional para el Desarrollo de la Junta de Andalucía
- 15: Economía política de los gobiernos locales. Una valoración del funcionamiento de los municipios
- 16: Entrada a la maternidad: efecto de los salarios y la renta sobre la fecundidad
- 17: Elecciones municipales andaluzas de 27 de mayo de 2007: conti nuidades y cambios
- 18: La ciudadanía andaluza hoy
- 19: Comentarios a la Ley para la igualdad efectiva entre mujeres y hombres
- 20: Preocupaciones sociales sobre la infancia y la adolescencia
- 21: La inversión en formación de los andaluces
- 22: Poder Judicial y reformas estatutarias
- 23: Balance de la desigualdad de género en España. Un sistema de indicadores sociales
- 24: Nuevas Tecnologías y Crecimiento Económico en Andalucía, 1995-2004
- 25: Liderazgo político en Andalucía. Percepción ciudadana y social de los líderes autonómicos
- 26: Conciliación: un reto para los hogares andaluces
- 27: Elecciones 2008 en Andalucía: concentración y continuidad
- 28: La medición del efecto de las externalidades del capital humano en España y Andalucía. 1980-2000
- 29: Protección legislativa del litoral andaluz frente a las especies invasoras: el caso Doñana
- 30: El valor monetario de la salud: estimaciones empíricas
- 31: La educación postobligatoria en España y Andalucía
- 32: La pobreza dual en Andalucía y España
- 33: Jubilación y búsqueda de empleo a edades avanzadas
- 34: El carácter social de la política de vivienda en Andalucía. Aspec tos jurídicos
- 35: El camino del éxito: jóvenes en ocupaciones de prestigio
- 36: Mutantes de la narrativa andaluza
- 37: Gobernanza multinivel en Europa. Una aproximación desde el caso andaluz
- 38: Partidos políticos, niveles de gobierno y crecimiento económico regional
- 39: Bilingüismo y Educación. Incidencia de la Red de Centros Bilingües de Andalucía
- 40: Marroquíes en Andalucía. Dinámicas migratorias y condiciones de vida
- 41: Obstáculos y oportunidades. Análisis de la movilidad social intergeneracional en Andalucía
- 42: El vandalismo como fenómeno emergente en las grandes ciudades andaluzas

IDAD



El golpe. Cultura del entorno



Centro de Estudios Andaluces
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA